

EL AFRONTAMIENTO DE LA FIE

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA



V ENGO de Sevilla, allí he dado en día y medio tres conferencias. Señal de la inquietud renovadora que hay en las filas de la Iglesia española y de la atención que esto produce en los, cada vez más numerosos, no-creyentes de nuestro país.

Los temas básicos desarrollé: el afrontamiento de la fe y la Iglesia del futuro. Los hombres del año 1968 queremos dos cosas: dar la cara a la fe y no a sus disfraces, desnudar la fe —como quería San Juan de la Cruz— de los oropeles que la desfiguran, y, por otro lado, enfrentar esa fe, dinámica, sin máscara alguna, con el mundo de hoy y con los problemas de los hombres actuales.

Para ello pretendemos que no haya ninguna discriminación, ni de razas, ni de sexos, ni de edades, ni de privilegios. Queremos colaborar todos a este doble afrontamiento de la realidad religiosa y de la realidad del mundo.

Se suele decir a la hora de este planteamiento —con evidente superficialidad— que no se puede dialogar, acerca de ello, con la juventud. Pero haría falta saber si lo que los **maduros** queremos hacer con los jóvenes es entablar un diálogo o emprender un nuevo paternalismo con ellos, como le ha ocurrido a Servan-Schreiber, en otro orden de cosas.

Nadie puede defender ciertamente la ausencia de cortesía con un extranjero, pero nadie puede venir de allende las fronteras para distribuir como mercancía valiosa algo intelectual y socialmente dudoso, presentado con aires de descubrimiento genial.

No nos olvidemos: la juventud, cuando es tratada en forma paternalista, reacciona con arreglo a moldes elementales. Pero cuando se le habla con sinceridad serena, sin recurrir a fáciles demagogas superficiales ni a disfraces de la realidad, esta juventud sabe también ser **madura**.

Mi experiencia es ésta siempre. Y en Sevilla ha vuelto a repetirse.

En un clima de tensión, teniendo que improvisar un nuevo local para dar mi conferencia, y con un millar de asistentes de distintas tendencias, se pensaría que era el peor marco para hablar del compromiso que la fe de un verdadero creyente comporta con el mundo de hoy.

Y, sin embargo, aquella juventud sevillana dio un ejemplo de serenidad, equilibrio y sinceridad como he visto pocos.

En medio de las apreturas propias de ese local del Seminario, cedido por el Cardenal, expuse mi modesta convicción de simple creyente que quiere vivir con los pies sobre la tierra y plenamente metido en su tiempo.

El contenido conceptual de lo que dije, sin duda sería defectuoso, imperfecto, pero compruebo, cada día más, que existe en todos —altos y bajos, listos o ignorantes— una verdad más profunda que la que se expresa en nuestras palabras, y que, a través del deseo sencillo de ser sincero, nos envuelve a oyentes y disertante, superando nuestras propias limitaciones en una comunicación profundamente vital, que está muy por encima de nuestros conceptos.

Cuando leo una novela como *Tempestad*, de Ilya Ehrenbourg, o los psicó-

logos estructuralistas de ayer, como Köler y Kóftka, y hoy los etnólogos como Lévi-Strauss, y pensadores como Foucault y Althusser, experimento algo parecido a lo que he querido expresar con mis diálogos con la juventud. Hay algo sereno, superador de uno mismo, sin emotividades superficiales, que nos envuelve sin aplastarnos, porque nos hace vislumbrar, allá en lontananza, y como motivo de fondo, una estructura que supera —sin ahogarlo— al individuo. Vislumbramos —aunque oscuramente— una estructura de absoluto, por encima de nuestra originalidad personal.

Por eso, a todos, después de esta intercomunicación existencial realizada en un plano de coincidencia vital y profunda y no en el de los sentimientos demagógicos de superficie, se nos exige más, se nos exige más decisivamente.

En la vida hay constantes experiencias de lo mismo: allí donde al hombre, en contacto con los otros, se le descubre una nueva exigencia común renovadora, transformadora, estamos palpando ese «absoluto de exigencia» de que habla el profundo Henry Dumery.

La muerte, cuando es aceptada en su realidad radical, con serenidad. El amor, cuando ha superado las alharacas emotivas y se hace hondamente humano. La conciencia, que exige sin vacilación allí donde los demás claudican. Todo ello conduce a una experiencia central en el hombre y en la mujer. Experiencia profundamente humana, que nada tiene que ver con esa piedad sentimental, que, en vez de ayudar, perjudica; que no promueve, sino que paraliza.

El psicólogo Burloud hace esta sencilla observación: la mejor enfermera no es la que tiene mayor simpatía sentimental hacia el enfermo, que le lleva a complacer en sus caprichos irracionales, sino la que sabe mirar por su bien más conscientemente, sin debilitarse a sí misma, porque sabe que lo que más ayuda es tener fuerza de vitalidad y de inteligencia y aplicarla hondamente, cuidadosamente.

El creyente —por olvidar eso— afronta muchas veces muy mal su fe. Porque «la piedad psicologista toma a Dios como una conciencia-testigo... Pero este Dios-testigo es sólo un duplicado de la conciencia personal». Se queda a nivel de un floreteo psicológico falso, en el que juegan dos ficciones: mi falso yo y ese falso otro en el que proyecto mi yo.

De ahí que, en vez de encontrarnos con una exigencia que nos promueve y eleva, nos encontramos con algo deleznable y débil. Que al mismo tiempo es confuso, porque a este ídolo-Dios le tenemos —un poco contradictoriamente— como nuestro juez severo y como nuestro refugio infantil.

Nuestra religión está hecha de temores angustiosos en la condenación y de confianzas ingenuas en una salvación obtenida por medios infantiles (escapularios, rezos mecánicos, prácticas semi-supersticiosas...).

Pero el absoluto de exigencia en que se centra la vida de todo hombre auténtico —creyente o no-creyente—, cuando propugna un ideal de justicia, de rectitud, de amor o de entrega a los demás, comprometiéndose en su realización, no puede ser identificado con esa falsa imagen. «Si esta ambivalencia no es superada, el absoluto... es un Dios débil que ofrece primas de seguridad» (H. Dumery, *El Problema de Dios*). Nuestra religión así está rebajada, empujueñecida, haciéndose un simple seguro de vida.

Pero el hombre consciente debe aplicar su crítica a este Dios disminuido para poder alcanzar algo alto y elevado en esos ideales y realizaciones. Porque nuestro Dios no es un ídolo de debilidad, «es el motor de esa exigencia de absolutos».

De esta forma ocurrirá que creyentes y no-creyentes se unirán en esa nueva exigencia, que unos llamarán Dios y otros se resistirán a hacerlo. Pero unos y otros creerán que ese absoluto de exigencia (al que los creyentes llamamos Dios, siempre que no lo impurifiquemos con nuestras defectuosas imágenes) «ya no es el complemento de nuestros fallos, sino el resorte de nuestra energía». Así —concluiremos con H. Dumery— «la religión bien comprendida no se contenta ni de las consolaciones de Dios, ni con el Dios de las consolaciones; no nos basta que Dios sea la fuerza de nuestra debilidad, ya que hace falta que sea la fuerza de nuestra fuerza». La idea de Dios ya no es alienadora para este auténtico creyente, sino al contrario.

Cuando se llega a este grado de madurez en el pensamiento humano, se

comprende por qué antes —en un tiempo infantil— la impotencia nos llevaba a la fe, y hoy, en cambio, lleve a muchos hombres a la rebeldía contra ella, porque la vieron representada en esta droga, que fue muchas veces lo religioso para el pueblo.

Plantear con claridad todo esto, es afrontar con valentía la fe. Saber que la experiencia de los grandes creyentes de la Biblia se corresponde con la experiencia de otros muchos grandes hombres que se llaman no-creyentes. La existencia humana nos une con ellos allí donde los conceptos nos separan.

Todo hombre auténtico, sin dudar, se entrega con solidez y seguridad a su conciencia, a la justicia, el amor, en una adhesión personal confiada, que humanamente es arriesgada como toda entrega profunda.

Y en mi artículo anterior bien claro hablé, desde mi vertiente de creyente, que —para mí, como cristiano— esa entrega profunda no se da sin el don del amor, que nosotros creemos que viene de Dios, porque Dios es el Amor y no otra cosa, según la definición de San Juan.

Por eso pensamos —con el mejor Maritain— que hay ateos que son «pseudoteos», «que creen no creer en Dios, pero que, en realidad, creen inconscientemente en él; porque el Dios en el que dicen no creer no es Dios, sino una cosa muy distinta» (J. Maritain, *Significado del ateísmo contemporáneo*).

«Y frente a ese Dios, a ese falso Dios, el santo es un perfecto ateo» (J. Maritain, *Idem*). Aunque, desgraciadamente, la imagen que presentamos del santo sea muchas veces de pacotilla, en vez de ser este valiente crítico en su propia vida.

Los cristianos estamos nada más que comenzando esta purificación crítica que propugnaba con tanta agudeza Dumery hace diez años.

Crítica que la realizamos hoy no sólo teóricamente, sino también aplicándola prácticamente.

Dios no es ya, para el hombre maduro del siglo XX, un Amo Espiritual que es el que se nos había descrito como una especie de sátrapa oriental. Ahora nos percatamos que es algo que no podemos abarcar ni con nuestras ideas ni con nuestras imágenes, pero que lo tenemos infinitamente cerca en la exigencia de hacer una humanidad mejor. Y entonces es cuando nos damos cuenta de que hemos de romper lanzas contra las fantasías convencionales, que, en vez de descubrirnos su experiencia profunda, nos la ocultan pretenciosamente envuelta en disfraces ocultadores.

Del mismo modo que si ayer hemos propugnado una fe sin compromiso, hoy estamos viviendo en la práctica una fe comprometida, que viven, con acierto o desacierto —eso es secundario—, muchos cristianos.

Doctrinalmente obedece esta purificación crítica —tan parecida a la que ejerció con sus *nadas* el místico Juan de la Cruz— al ensayo de *Catecismo para Adultos* que han hecho los Obispos holandeses, o a ese propugnar —en otro orden de cosas, consecuente con el anterior— una *teología de la revolución*, como lo hizo tímidamente el seglar T. Kertiens y el dominico Y. Congar, en el III Congreso Mundial de Apostolado Seglar.

Y nadie se asuste por ninguna de las dos cosas. Porque es absolutamente imprescindible conseguir una expresión de nuestra fe cristiana acomodada a la cultura y a las inquietudes de los hombres de hoy, como ejemplarmente ha ensayado el Episcopado holandés. O reflexionar cristianamente todos —seglares y clérigos— sobre esta transformación urgente y profunda que requieren las estructuras básicas de la sociedad del siglo XX, según Pablo VI, que eso es la «teología de la revolución» con nombre un poco sensacionalista, y que la *Populorum Progressio* lo pide urgentemente, como ningún Papa anterior lo hizo, sin por eso ser el Papa un propugnador de la insurrección armada.

Estos no son nada más que atisbos y ensayos. Ensayos —como el del *Catecismo holandés*— que tendrán errores, ciertamente, como todas las cosas humanas, pero que son menos erróneos que esos manuales anticuados que sirven todavía para nuestra formación católica, porque tienen la valentía de decirnos la fe con nuestro lenguaje y no con el de hace siete siglos. Y atisbos —la teología de la revolución— de la seria reflexión que requiere la profunda transformación que necesitan las estructuras injustas de nuestras sociedades occidentales para hacerlas ajustadas a la medida del hombre y de la humanidad.